

Gente Menuda

PERIODICO INFANTIL



SE PUBLICA LOS DOMINGOS

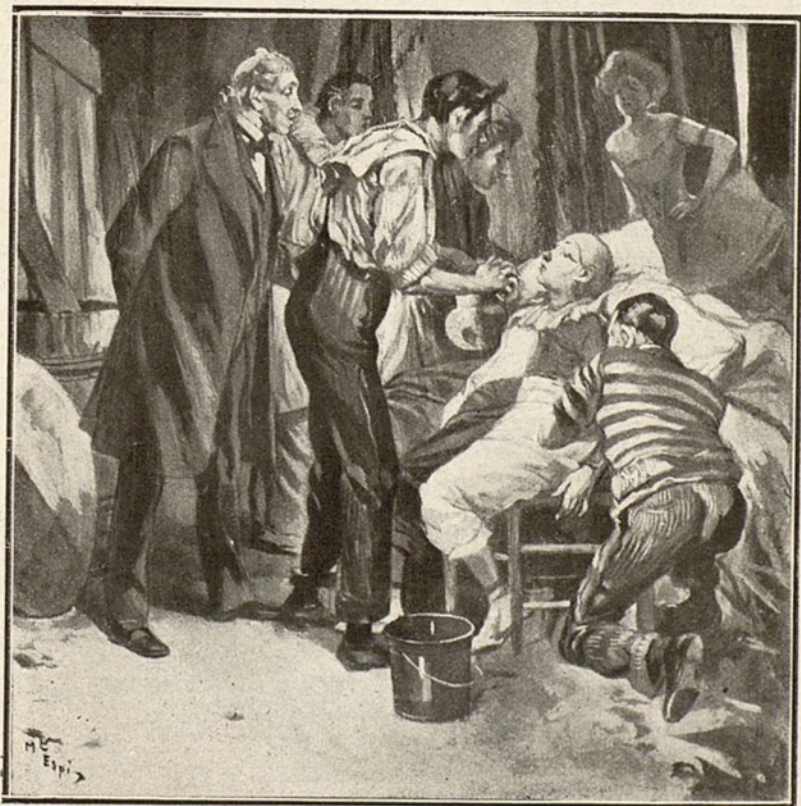


NÚMERO SUELTO 10 CÉNTS

AÑO IV

MADRID, 28 DE NOVIEMBRE DE 1909

NUMERO 100



LA HISTORIA DE PACHIN

No puedo deciros cómo fué, pero es el caso que, empujados por los que *motu proprio* se habían erigido en policías, nuestros, llegamos al barracón y penetramos en la parte reservada á vestuario de la compañía, ó "*troupe* mímico-acrobática" como se dice ahora. Lo que sí

Ayuntamiento de Madrid

puedo afirmar es que, sobreponiéndose al tremendo pánico que se había apoderado de todo mi ser, padecí una honda sensación de tristeza al verme en aquel lugar que alumbraba una candelaja de aceite que esparcía una luz sórdida.

Unas mujeres y unos hombres, pintarrajeadas las caras y estrañariamente vestidos con trajes de percalina de colorines rabiosos, rodeaban á su malaventurado compañero.

Hallábase el muchacho sentado en una silla de enea, y un señor de levita y chistera, el médico, examinaba á la temblorosa luz de una vela la frente del herido. El local encontrábase atestado de curiosos que se empinaban sobre las puntas de los pies para atisbar el doloroso cuadro.

Conducidos por los que nos habían apresado, llegamos hasta el grupo principal, llenos los ojos de lágrimas y el corazón de amargura.

Una ráfaga bienhechora de esperanza sopló sobre nuestros conturbados espíritus al oír decir al señorón de la levita que lo del *clown* no tenía importancia, por tratarse de una pequeña descalabradura que se curaría con unos cuantos paños de árnica.

Fresneda, al oír tan consolador pronóstico, llevado más que de la impetuosidad de su carácter de la inmensa alegría que le producía el insólito cambio en su situación de "criminal", cayó de rodillas á los pies del *clown*, y suplicó:

—¡Perdóname, perdóname...! Yo he sido el que te ha tirado la piedra, pero te juro que fué sin intención de hacerte daño. ¿Me perdonas...?

El *clown*, el médico y todos los circunstantes pusimos una mirada de intensa emoción en el suplicante.

Y cuál no sería nuestro asombro al oír decir al suplicado, mientras que con sus brazos rodeaba el cuello de nuestro camarada:

—Levántate, Fresneda, y dame un abrazo de amigo.

¡El *clown* conocía á Fresneda...!

Este y nosotros nos quedamos boquiabiertos.

—Yo soy Pachín—continuó—y he ido con vosotros al colegio de D. Prudencio.

—¡Pachín! ¿Tú eres Pachín?—preguntamos á una voz los cuatro perillanes, maravillados de que fuese nuestro compañero de clase aquel muchachito vestido de *clown*, con la cara enyesada.

Debió leer en nuestros semblantes la extraordinaria sorpresa que nos produjo su declaración, porque haciendo un gesto significativo y señalando á los que nos rodeaban, nos dijo en voz baja:

—Ya os contaré por qué me encontráis vestido de mamarracho.

Pocos momentos después, cuando el barracón se vió libre de curiosos y de importunos, cumplió Pachín la promesa que nos había hecho.

Llevándonos á un rincón lleno de cachivaches que utilizaban los de la compañía en sus farsas, nos contó su historia. historia triste y conmovedora.

Pachín, cuando iba á nuestro colegio, era un muchacho feliz. Sus padres le adoraban y en su modesto hogar no había asomado nunca la miseria.

Concluirá.





LA PRINCESITA

CONTINUACIÓN

- infeliz muerte de miedo. La situación, como veis, era apurada.
- PRIN. Es cierto. ¿Y qué hizo el bueno del pinche?
- PREC. Pues hizo... ¿Qué le parece á Vuestra Alteza que hizo?
- PRIN. No acierto...
- PREC. Vamos á ver, Estebanillo: tú que eres un muchacho como él, ¿qué hubieras hecho en su caso?
- EST. ¿Yo, señor preceptor?
- PREC. Tú, sí; á ti te pregunto. ¿Qué hubieras hecho en su lugar?
- PRIN. Contesta, Estebanillo; yo te lo ordeno.
- EST. Pues yo, como estaba ya subido en la tapia...

ESCENA V

DICHOS, LA MARQUESA Y EL DOCTOR.

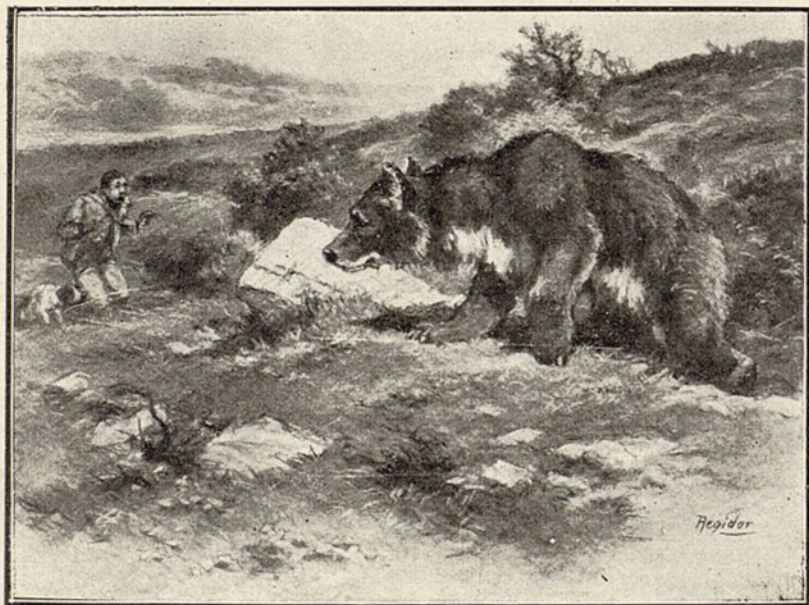
- MARQ. *(Que ha oído las últimas palabras de Estebanillo.)* ¿Estás contando tus proezas? Haces bien, porque son edificantes.
- PREC. Permítame vuecencia. Este-

- banillo contestaba á una consulta.
- MARQ. ¡Silencio! La consulta que es urgente es la del doctor. *(Dirigiéndose á la princesa.)* Señora, Su Majestad ha sabido con disgusto que el doctor de la Real Cámara no ha visitado hoy á Su Alteza, y ordena que lo haga en este mismo momento.
- DOCT. Veamos el pulso. *(Toma el pulso á la princesa. Con cómica seriedad durante toda la escena.)* La otra mano. La lengua. Abra bien Vuestra Alteza la boca. Respire fuerte. Contenga un momento la respiración. Vuestra Alteza está nerviosa.
- PRIN. Seguramente.
- PREC. *(Aparte.)* (Y yo también.)
- DOCT. *(A la marquesa.)* Los nervios de Su Alteza acusan una evidente excitación.
- PRIN. Es indudable, y si seguís reconociéndome será mayor todavía.
- DOCT. ¿Por qué?
- PRIN. Pues sencillamente porque

- me molestan los reconocimientos y me ponen nerviosa. Además, estoy impaciente porque estaba escuchando una relación muy interesante que vuestra visita ha interrumpido.
- MARQ. ¡Pena me da, señora, escucharos!
- PRIN. ¿Por qué, marquesa?
- MARQ. Porque se trataba de una picardihuela de ese pajecillo travieso é incorregible.
- PRIN. No, aya mía, te aseguro que no era eso; era una historia que nos refería el preceptor.
- MARQ. Yo creía que la hora de la lección se dedicaba á estudiar y no á contar historias.
- PREC. Yo me felicito de que la señora marquesa de Girasol no sea directora de estudios; porque si lo fuera me vería expuesto á incurrir en su desagrado; pero como nada tiene que ver en ello, me habrá de permitir que prescindida de sus opiniones particulares en mi manera de enseñar á Su Alteza como me parece conveniente.
- EST. (*Aparte.*) ¡Chúpate esa!
- MARQ. Doctor, ¿os parece que Su Alteza está en disposición de dar lección en este momento?
- DOCT. En manera alguna creo que le sería nocivo.
- PREC. He aquí cómo nos hemos adelantado por esta vez á los preceptos de la ciencia; Su Alteza no ha dado hoy lección.
- MARQ. Entonces...
- PREC. Entonces, para complacerla, le estaba refiriendo una historia.
- PRIN. Historia que me interesaba muchísimo.
- DOCT. Quizá á ella se deba la excitación de sus nervios que he tenido el honor y el sentimiento de observar.
- PRIN. No, doctor; os aseguro que hasta que entrasteis me sentía perfectamente.
- DOCT. Continúe, pues, la historia que tanto interesaba á Su Alteza, á ver si tiene el efecto sedante de su sistema nervioso
- PREC. Si Su Alteza me da su licencia.
- PRIN. Podéis contarla.
- PREC. Pues la historia se titulaba "Ir por lana y volver trasquilado". Erase un sabio doctor, un colega vuestro, ya entrado en años como vos (*al doctor*), que dió en la peregrina idea de enamorarse y correr aventuras como un muchacho.
- PRIN. ¿Qué decís?
- PREC. Continúo el segundo capítulo de la historia del pinche y la hija del titiritero. (*Hace un gesto de inteligencia á la princesa que ésta comprende y se sonríe.*) Como íbamos diciendo, una noche que el doctor venía por los barrios extremos de sus ridículas aventuras, vió al niño que...
- DOCT. Perdonad. (*Toma el pulso á la princesa.*) Cesad, cesad en vuestro relato; los nervios de Su Alteza se alteran visiblemente. Necesita de un reposo absoluto. Salgamos, señores, salgamos inmediatamente.
- PRIN. Pero, queridó doctor...
- DOCT. Perdóneme Vuestra Alteza. Su salud ante todo.
- MARQ. Sí, sí, salgamos; necesita reposo.
- PRIN. (*Al doctor, que permanece á su lado.*) Adios, doctor.
- DOCT. Yo permanezco, señora.
- PRIN. No, no, por favor, marcháos también. Vos lo habéis dicho: necesito reposo.
- DOCT. Pero yo...
- PRIN. ¡Muchos, muchos reposo! (*Todos hacen una profunda reverencia y se retiran.*) (El preceptor sabe algo y yo quiero que me lo cuente.) Quedáos vos, preceptor, en la antecámara por si os necesitó.

CAE EL TELON

Continuará.



RELATOS DE CAZA

«DONDE MENOS SE PIENSA...»

Después de haber recuperado las fuerzas con la succulenta merienda, el tío Antón se encaró con su perro y, esgrimiendo á guisa de cetro la vacía cantimplora, le dijo:

—Vamos, señor *Leal*, vamos á reanudar nuestra tarea. La tarde está ya mediada y todavía tenemos vacío el morral. Y me parece que no hemos venido á pasear y á tomar el sol únicamente... ¡Busca, busca, aunque sea un gazapo...!

Dicho esto, reanudaron su caminata por el monte. El viento, hasta entonces encalmado y como dormido, se soliviantaba sonando gárrulamente entre las encinas; los aromas campestres, despiertos al parecer de su letargo, embalsamaban el ambiente, y los arroyuelos, crecidos con las pasadas lluvias, se atrevían á saltar aquí y allá sobre algunas piedras formando diminutas y rumorosas cascadas. En el cielo, coronando las sierras, que hacia Poniente levantaban sus dentadas crestas, aparecieron algunas nubecillas pequeñas y redondas semejantes á pellas de sonrosado algodón. Desesperábase el tío Antón viendo que la noche se aproximaba sin que su morral recibiera una sola pieza, cuando *Leal*, que hasta entonces había corrido en vano olisqueando matorrales y céspedes, paróse repentinamente, sorbió el viento y se encaminó sin vacilar hacia lo más espeso del monte. Saltó el cazador de gusto.

Ya había una pista; dentro de pocos momentos acaso habría ante sus ojos una liebre, y milagro sería que se equivocara y no la tumbara de un tiro... Detúvose *Leal* ante unos altos jarales y el tío Antón preparó la escopeta, cuando he aquí que los jarales crujieron como si los entreabriera un gigante, que entre ellos se vió una sombra cada vez más precisa y que al fin saltó sobre el verde césped... un oso de monstruosas proporciones. El perro corrió ladrando y fué á buscar amparo y refugio entre las piernas de su amo, las cuales temblaban como las cañeas del trigo cuando el ábrego galopa sobre los sembrados. El pobre hombre, en menos que se cuenta, se puso verde, luego intensamente pálido, sus manos se abrieron y dejaron caer la escopeta y, sin ser po-



deroso á contenerse, echó á correr monte abajo con la rapidez de la desesperación hacia el cercano pueblecillo.

—¡ Parece imposible!—pensaba sin dejar de darle á los pies.—¡ En un monte donde ni lobos se han conocido! Bien dicen que donde menos se piensa...

Próximo estaba ya al pueblo cuando tropezó con un hombre.

—¡ No siga usted!—le gritó.—¡ Hay un oso, un oso...!

Entonces el desconocido, que era un cingaro, le sujetó y le dijo suplicante:

—¡ Por Dios! ¡ Lléveme usted adonde está! Se me escapó á mediodía, cuando le hacía bailar en la plaza del pueblo...

JOSE A. LUENGO.



LA NOCHE DE AUSTERLITZ

La noche del 1.º de Diciembre de 1805, cerca del fuego de un vivac y ante todos sus generales, Napoleón dictó la proclama que se leyó á las tropas al siguiente día. En ella estaba ya la decisión de la victoria, por-

que en tal jornada se ventilaba el honor de la infantería francesa. Tales palabras, llenas de elocuencia, sirviéronle, como siempre, para inspirar á sus tropas la propia confianza que él tenía en sí mismo.



FABULAS ESCOGIDAS

LA MONA

Subió una mona á un nogal,
y cogiendo una nuez verde,
en la cáscara la muerde,
con que le supo muy mal.
Arrojóla el animal
y se quedó sin comer...

*Así suele suceder
á quien su empresa abandona,
porque halla, como la mona,
al principio que vencer.*

LOS GATOS ESCRUPULOSOS

¡Qué dolor...! Por un descuido
Micifuf y Zapirón
se comieron un capón
en un asador metido.
Después de haberse lamido,
trataron en conferencia
si obrarían con prudencia
en comerse el asador...
¿Le comieron? No, señor;
era caso de conciencia.

LOS DOS CAZADORES

Que en una marcial función,
ó cuando el caso lo pida,
arriesgue un hombre su vida,
digo que es mucha razón;
pero el que por diversión
exponer su vida quiera
á juguete de una fiera
ó peligros no menores,

sepa de dos cazadores
una historia verdadera.

Pedro Ponce, el valeroso,
y Juan Carranza, el prudente,
vieron venir frente á frente
al lobo más horroroso.
El prudente, temeroso,
á una encina se abalanza,
y cual otro Sancho Panza,
en las ramas se salvó.
Pedro Ponce allí murió...
Imitemos á Carranza.

EL PASTOR

Salicio usaba tañer
la zampoña todo el año,
y, por oírle, el rebaño
se olvidaba de pacer;
mejor sería romper
la zampoña al tal Salicio,
*porque si causa perjuicio
en lugar de utilidad,
la mayor habilidad
en vez de virtud es vicio.*

EL LADRON

Por catar una colmena
cierto goloso ladrón,
del venenoso aguijón
tuvo que sufrir la pena.
“La miel—dice—está muy buena,
es un bocado exquisito;
por el aguijón maldito
no volveré al colmenar...”
*¡Lo que tiene el encontrar
la pena tras el delito!*

FELIX M.^a SAMANIEGO.



LAS BONDADES DE NINI

Después de muchos días nos pusimos buenos y se llevaron á Enriquecito á su casa y á mí al colegio. La madre Rosario me dijo:

—¡Pero Nini, hija mía! Creí que no te volvería á ver, ¡has estado tan malita!

—¡Sí, sí! ¡Dichosas castañas!—respondí.

—No; dichosa Nini—replicó la madre Rosario.—El Niño-Dios no te quiere porque cada día eres más mala. ¿Cuándo te enmendarás?

—Ahora mismito. Si yo soy la mar de buena.

Conque volví á entrar en las clases, y ¡me dió una rabia! ¡Se me habían olvidado toditas las lecciones! Y me costó una barbaridad de trabajo el volver á aprender lo que ya había aprendido antes.

En la clase de las labores me puse á hacer el gorro para el pobre abuelito que estaba sin él. Se le hice negro con bordados de seda muy rebonitos; á mí me costaba mucho trabajo el bordarle, y la madre Rosario hizo que una chica muy mayor metiese la aguja; yo la sacaba, y así, entre las dos, hicimos el gorro. ¡Qué contentísimo se puso el abuelín cuando llegó el día de visita y le entregué el gorro!

—¡Gracias á Dios, Nini, que te has decidido á interesarte por mi pobrecita calva! ¡Buen chasco se van á llevar las moscas y los mosquitos cuando vengan y se encuentren con que les han quitado su diversión!

—¿Qué me vas á regalar, abuelo?

—¡Canario! ¿Pues no te he pagado ya el gorro?

—¡Huy! ¡Pero hace mucho tiempo y casi no me acuerdo!

—¡Claro! ¡Como en seguidita hiciste trizas el juguete! Se me ocurre una cosa, Nini.

--¿Qué?

--Pues que ahora precisamente con este frío, es muy oportuno el gorro, y por la oportunidad siquiera te haré otro regalo. Toma, dos pesetas. ¡Supongo que no las gastarás en castañitas pilongas!

--¡Quia!--contesté.--Se las voy á regalar al Niño-Dios para que me conceda una cosa.

--¡Hola! ¡hola! ¿Qué cosa es esa?

--Pues... una trenza muy larga... muy larga... Todas las niñas se rien de mí porque llevo el pelo cortito, ¡me da una rabia! Y como mamá no me la quiere dejar crecer y me la corta, pues le voy á pedir al Niño-Dios que así, de pronto, amanezca un día con una trenza tan larga como la de los chinos. ¡Para que tengan envidia las chicas, como ahora la tengo yo de ellas! Esta misma mañana las niñas me han hecho burla; ¡son muy malas, abuelín!, pero ¡me las ¡agarán! ¡Ya lo creo!

Se fué el abuelo; es verdad lo que le dije; me llaman *pelona*, *chico*, *señor Niní* y otras cuantas perrerías más. Pero lo que no le dije al abuelín fué lo que pensaba hacer para que no se metiesen más conmigo. Guardé muy escondiditas una tijeras grandes que tiene la monjita de la clase de labores; cuando cortó el paño para el gorro del abuelín las cogí sin que me viesen y las escondí. ¡Ya verían las burlonas si no éramos todas iguales! Conque á la noche nos acostamos, pero yo no me dormí, ¡quia!, me quedé muy acurrucadita debajo de las sábanas, pero despierta. Pasó un rato... y otro rato... y otro rato... ¡muchísimo rato...! Todas las chicas dormían... Yo me levanté callandito... callandito... de puntillas... me acerqué á una cama... ¡craj...! corté una trenza... Me acerqué á otra... ¡craj...! otro mechón grande de pelo... y así hice con muchas. Luego me volví á la cama. ¡Ya estaba vengada de las risitas y las burlas! Cuando se despertasen y se viesen los trasquilones tendrían que cortarse el pelo, y todas quedaríamos iguales

M.^a ATOCHA OSSORIO Y GALLARDO.



EL EMPERADOR CARLOS V

El nieto de los Reyes Católicos y de Maximiliano I de Alemania nació en la villa de Gante el 24 de Febrero de 1500. Por muerte de su padre, Felipe el *Hermoso*, y locura de su madre, doña Juana, ocupó el trono de España en 1516, cuya corona había engrandecido tanto el insigne cardenal Francisco de Cisneros. En su reinado, é interin pasó de España á recibir en Alemania el cetro imperial, se produjeron en nuestra nación las alteraciones conocidas con el nombre de Comunidades, que puso fin la escaramuza de Villalar, de cuyas resultas fueron ajusticiados los célebres Padilla y sus compañeros. Elegido Emperador en 1519 y vuelto á España, comenzó á ensanchar la soberanía de Castilla, procurando á todo trance la recuperación de Navarra y la derrota de Francisco I que, envidioso de su predominio, nos suscitó guerras en el estado de Milán y en el reino de Nápoles. Carlos, cuya capacidad había sido muy discutida en sus primeros años, dió tantas muestras de su genio en los posteriores á la muerte del que fué su preceptor, Guillermo de Groy, que no sólo esperanzó á sus súbditos con la fortuna que le acompañaba en todas las empresas, sino que llenó de miedo y de recelo al nombrado monarca francés, á los papas Clemente VII y Paulo III, al soberano de Inglaterra Enrique VIII y al guerrero y valeroso Solimán el *Magnífico*, de Turquía, ante el éxito de sus campañas.

Tuvo que pelear el más grande de los reyes de España con Francia, en Italia, norte de nuestra patria, y en el mar Mediterráneo; en la primera venció é hizo prisionero al rey en la nunca bien ponderada batalla de Pavía, donde Leyva, Pescasa, Borbón, Alarcón y el marqués del Gasto dejaron definida, de modo indiscutible, la su-



premacía del poder militar de España; en el segundo punto, gracias á su celo y al valeroso esfuerzo de los defensores, recuperó para siempre la plaza de Fuenterrabía, abatiendo al enemigo en forma que desistió en lo porvenir á sus pretensiones, y en el último, si bien es cierto que en algunos combates tuvo pérdidas de tanta valía como la del almirante Ugo de Moncada, se puede afirmar que al cabo, después de unirse al genovés Andrea Doria, dominó aquel mar, limpiándolo del corso que, tanto á las costas del Sur de Italia como á las del Oriente de nuestra península, las abatía, talaba, arrasaba y tenía en continua tristeza y ruina.

Durante su reinado apareció el reformador Lutero, y con sus secuaces peleó en los estados de Alemania; con el primero invadió para que depusiera su actitud, dando á ello lugar, convocando la dieta Worms, y con los segundos, á orillas del Elva, junto á cuyas riberas hizo prisioneros á Federico de Saxonia y á Felipe de Langrave de Hese.

Los turcos, que en 1527 habían amenazado al rey de Bohemia y que en 1532 volvieron á invadir los estados del hermano de Carlos, Fernando I de Alemania, fueron rechazados y obligados á la huida en aquella memorable campaña de la jornada de Viena en que Carlos V, á la cabeza de un ejército brillante, compuesto de nobles de todos los estados de su corona, estuvo esperando al valeroso Solimán para entablar la batalla que, como él, deseaban todas sus tropas.

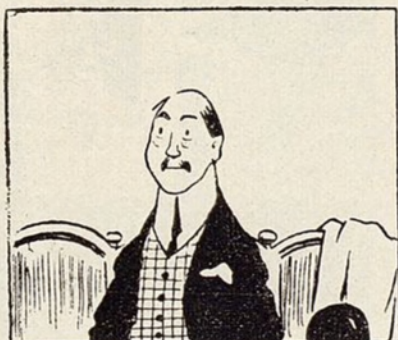
A Barbarroja, pirata turco, lo persiguió en Túnez y en todo el mar. Al rey del estado africano, acabado de nombrar, le dió ayuda, y tan experta fué, que la capital del reino musulmán cayó á sus pies rindiéndole el mayor homenaje de gloria.

Carlos V fué hacendista, político, guerrero, varón de alto genio y de grandes virtudes de soberano. En sus días se hacía el viaje alrededor del mundo por El Cano, se firmaba nuestra soberanía en América por Hernán Cortés y Francisco Pizarro, se consolidaba el poder militar de España en el Nuevo Mundo, en Flandes, en el Sur de Francia, en Italia central y oriental, en Alemania, y, sobre todo, adquiría para el mejor de sus estados una soberanía á que jamás llegó nación alguna. Era España señora de Italia, de Holanda, de Artois y de Sicilia. El mar del Sur era español, y las costas americanas de Levante y Poniente, también.

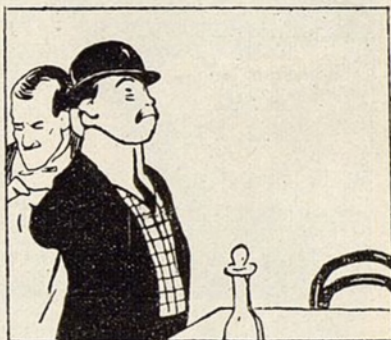
Este gran príncipe, que á tan alto puesto supo elevar la corona de sus ilustres abuelos, después de renunciar el imperio á favor de su hermano y la diadema de España en beneficio de su hijo, se retiró á Yuste, donde agobiado por el peso de tanto como había hecho, sucumbió el 21 de Septiembre de 1558. Su grandeza sin par mereció tener por tumba el más hermoso panteón del mundo, donde, rodeado de maravillas, duerme su sueño de inmortalidad en el monasterio de El Escorial.

ENRIQUE PACHECO Y DE LEYVA.

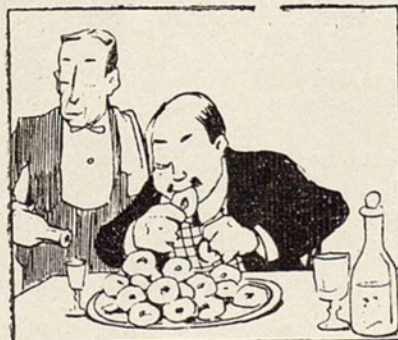
LA NOCHE DEL TENORIO



Un «Don Juan», sin ningún «timbre notorio»
fuése á ver «la reprise» del «Tenorio».



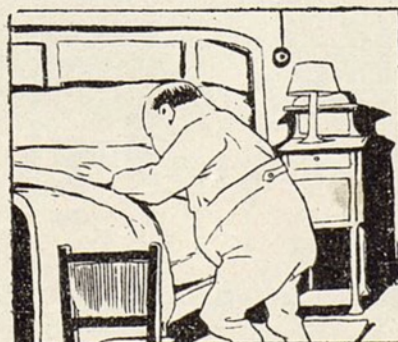
Una vez terminada la función,
marchó al café de su predilección.



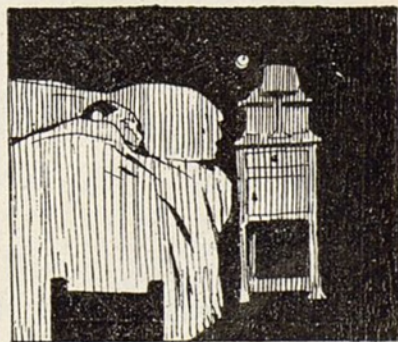
Y en menos que lo cuento
se zambó más de cien de «los de viento».



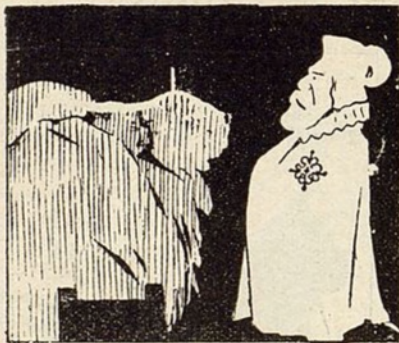
Con la panza mayor que una sandía
subió después al último tranvía.



Y al llegar á su casa satisfecho
ansiaando reposar, subiése al lecho.



La luz apaga, y da el primer ronquido;
senal de que «Don Juan» ya está dormido.



De pronto se rebulle, porque ¡terror!
ante el apareció ¡el Comedador!



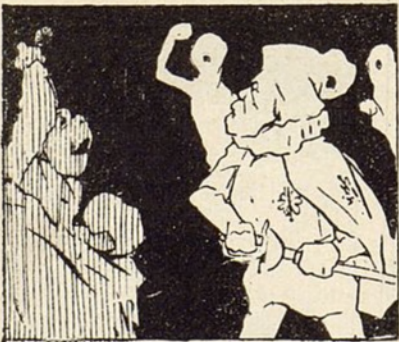
Y haciendo ademanes con las manos,
«se alzan» también otros «fantasmas vanos».



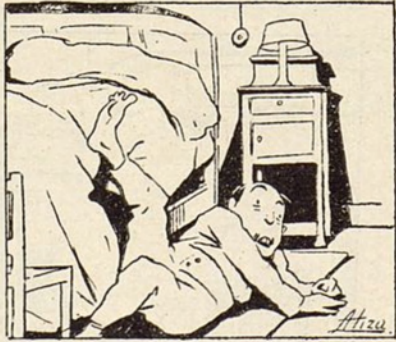
Banzan, «oscilan», de su cama en torno,
mientras suda «Don Juan» como en un horno.



Ante él su buen cigarro se desliza,
para que voa el fuego y la ceniza.



De pronto grita: «¡A mí nada me arredra
y á vuestro lecho, os volveré, de piedra».



Y él sí que despertó, ¡voto á Merlín!,
en un «lecho de piedra-baldosín».